

“CUANDO EL DERRUMBE DEL AMBIENTE ACARREA EL DESASTRE” A PROPÓSITO DEL CASO DE UNA ADOLESCENTE INSTITUCIONALIZADA

Agustina Germade*

El caso

*“Todo niño tiene derecho a un hogar propio
en el que pueda crecer,
y sólo una desgracia lo priva de él”.¹*

Winnicott (1947 [1984])

Mariana tiene quince años. Desde los ocho años reside en *hogares*² de la Ciudad de Buenos Aires a causa de haber perdido el sostén familiar por la muerte de su madre (cuando ella tenía ocho) y por consumo de alcohol de su padre, quien dice en ese entonces que no puede tenerlas bajo su cuidado a ella y a su hermana Lucía, dos años mayor. Ambas tienen un hermano en común, Ramiro de veintidós años al que ven poco pero recuerdan con cariño.

Respecto de su aspecto físico, Mariana es robusta (entre otras cosas a causa de un desorden metabólico provocado por la medicación psiquiátrica); presenta rasgos masculinos y por lo general mantiene la mirada hacia abajo (aún cuando nos disponemos sentadas frente a frente) sosteniendo una actitud de enojo en su expresión.

Su historia familiar se presenta de manera fragmentada en las distintas instituciones que participaron de su vida en los últimos años, lo que hace difícil la reconstrucción de la misma.

* Licenciada en Psicología. Alumna de tercer año de la Carrera de Especialización en Psicoanálisis con niños de UCES (en convenio con APBA).

¹ Winnicott, D. (1947): Manejo residencial como tratamiento para niños difíciles. En (1984) *Deprivación y delincuencia*. Buenos Aires. Paidós. Pág. 89.

² Instituciones que permiten alojar de forma transitoria, a niñas, niños y/o adolescentes en situación de vulnerabilidad psicosocial.

Mariana, vivía con sus padres y su hermana Lucía hasta poco tiempo después de la muerte su madre. Hay tres versiones acerca de la causa de su fallecimiento: la primera, “*porque estuvo internada, y antes de eso se había caído del colectivo*”, según refiere Lucía; la segunda, porque “*Se cayó la cabeza sobre el cordón y Lucía se cayó sobre ella*”, dice Mariana; y la tercera “*por causa desconocida*”, según refiere el hogar. A esto se le suma la creencia de que murió porque el papá “*la mató a golpes*”, según mencionan las chicas en una entrevista que tuvieron con la terapeuta de Lucía.

Luego de ello, las dos empiezan a vivir en *hogares*. El papá solía ir a buscarlas y pasar con ellas los fines de semana. En esos encuentros, él las hacía pedir moneditas en la calle.

Trascurridos algunos años, y siendo las chicas adolescentes, van relatando episodios donde el padre se metía en la cama con ellas y tocaba a Lucía; y donde Lucía salía con sangre en su cuerpo, luego de que él estuviera encebado en el baño con ella.

Al poco tiempo, se abre una causa judicial por “abuso deshonesto”.

En relación a la historia institucional, las hermanas conviven juntas desde el inicio de la institucionalización hasta el momento en que Mariana queda internada en un hospital público a sus quince.

En el primer *hogar* en el que estuvo los primeros tres años, la derivan (al *hogar* en el que residía antes de la internación) debido a que superaba el límite de edad, y por considerarse “agotadas” las estrategias de trabajo.

El tratamiento

Mariana comienza el tratamiento psicoterapéutico a sus trece años en un Centro de Salud Mental, donde también era atendida su hermana. Es derivada por el *hogar*, que sostiene que es “conflictiva en general”, “busca llamar la atención provocando de manera verbal” e incluso, en algunas oportunidades, “ha amenazado físicamente”. Asimismo, manifiesta una actitud de rechazo y enojo constante sin poder profundizar en los motivos que la afectan.

El “motivo de consulta” es que se había quedado sin la psicóloga que la estaba atendiendo en el *hogar*, y esta situación la enojaba mucho. En la entrevista de admisión, si bien menciona que no tiene demasiadas ganas de empezar un tratamiento nuevo, pide por una psicóloga.

En ese entonces, asistía a una escuela de recuperación estatal, cursando tercer grado. Según especifica el hogar en un informe, dada su dificultad para esperar y su agresión, tanto física como verbal, a compañeros y miembros de la institución, pasó a concurrir con “jornada reducida”; hasta que finalmente, meses después, pierde la escolaridad a causa de su mal comportamiento.

Resulta importante mencionar que, estando ya en tratamiento, la carátula del caso por el cual se encontraba acusado su padre pasa de “abuso deshonesto” a “violación”. Primero es Mariana quien relata las distintas situaciones. Y luego, con muchas dificultades y acompañada por su terapeuta, Lucía, quien tiene un retraso mental, logra declarar.

A partir de entonces, a pesar de que no hubo interdicción judicial, hay una medida de no acercamiento, y el hogar prohíbe los encuentros entre Mariana y su padre. Sin embargo, éste siguió manteniendo contacto telefónico con la joven y le solía hacer llegar regalos.

La primera entrevista

Al ir al encuentro con Mariana, ella esconde su mirada, se muestra muy enojada y reticente a entrar al consultorio. Una vez dentro menciona: *“Si no es con la psicóloga que tenía, no quiero venir... Si vengo, quiero con Ana, la psicóloga de mi hermana. Ella es buena. Y porque yo juego con mi hermana”*.

Le digo que Ana no puede atenderla porque ya es la psicóloga de Lucía, y le pregunto si no le explicó esto en la entrevista que tuvieron cuando la acompañó a su hermana. Mariana insiste. Entonces menciono que ella la conoce a Ana, que junto con Ana y con Silvia, la psicóloga que conoció la primera vez que vino (en la entrevista de admisión) trabajamos juntas en un mismo equipo de psicólogos. *“Mirá, entonces conocés a Ana, a Silvia y ahora me conocés a mí”*, agregó.

Luego le comento que Silvia me contó algunas cosas que le pasaron en el hogar, algunas cosas de su vida. A lo que responde en tono exaltado:

-Mariana: *¡Yo a ella no le conté nada! Habrán sido los del hogar. ¿Qué cosas? A ver...*

-Terapeuta: *Bueno, puede ser... Me contó algunas cosas de tu historia, que podemos ir hablando... También me dijo algo que pasó con la psicóloga del hogar, ¿me querés contar?*

-M: *Lo que pasa es que nunca nos dijeron que ella no iba a venir más, y yo me quedé esperando, y nunca nos dijeron nada.*

-T: *Y eso te debe haber molestado mucho.*

..M: *Por eso, si no es con ella, no quiero venir acá.*

-T: *¡Pero hoy viniste!, menciono.*

-M: *Hoy vine a ver quien era la psicóloga que me había tocado, y no vengo más. Yo no quiero venir, pero si no vengo me sancionan.*

-T: *Está bien. Pero vos no estabas enojada con tener un tratamiento sino con que te sacaron tu psicóloga, y ahora te traen acá, y no me conocés a mí... Nos va a llevar un tiempo que aceptes esta situación que es nueva para vos.*

Luego, comienza a hacer como si dibujara con sus dedos sobre el escritorio. Le pregunto si está dibujando y si no quiere hacerlo sobre una hoja. Me contesta que sí y abrimos la caja.

-M: *Estaba dibujando Cartoon Network. Yo miro mucho Cartoon Network, dice.*

-T: *¿Sí? ¿Y cuáles mirás? Yo creo que conozco algunos de los dibujitos...*

-M: *Ah, ¿Sí? ¿Y cuáles conocés?, me pregunta.*

-T: *A ver... conozco a "Dora la exploradora".*

-M: *¡Ay, me hacés reír! Yo también la miro.*

Sigue con lo anterior, y comenta que no sabe qué le pasa a los marcadores, que se traban cuando intenta sacarles la tapa.

-T: *Será porque son nuevos. La próxima vez que los uses, van a estar mejor porque ya van a estar usados, menciono.*

-M: *El lunes vengo. ¿Vos la conocés a Romina?*

-T: *No...*

-M: *Porque ella iba a venir a una psicóloga y yo quería saber si a ella le tocaba con la mía también. Entonces le tocó con otra. No estamos todas con la misma.*

Al terminar, dice: *“Tomá, éste guardalo vos”*. Hace otro en el que dibuja su propia mano, pasando el marcador sobre el contorno de sus dedos. Luego comienza a sacar las cosas de la caja y pregunta por los animales que están allí adentro: *“Y esto, ¿qué es?”*, *“Me parece que un toro”*, respondo.

Y continúa:

-M: *¿Es verdad que cuando les muestran algo rojo, los provocan?*

-T: *Sí, les hacen eso, pero me parece que es por el movimiento de la tela, que es roja, que se ponen así...*

(Saca otro animal)

-M: *¡Uy!, ¿y esto? Le voy a decir a mi papá que me compre animalitos. Porque así le pego a ellos y no a la gente. Por ejemplo, voy abajo, les pego, y después vuelvo a desayunar...y así.*

-T: *Ah, y si les pegás a ellos entonces ¿no te darían ganas de pegarle a la gente?, le pregunto.*

-M: *Sí... Toda la gente del hogar recibió mis golpes.*

-T: *¿Y cuando les pegás por qué creés que te dan ganas de hacerlo?*

-M: *¡Yo qué sé! Pasa que los demás no saben y yo sé cosas.*

En este primer encuentro, trato de alojar y recibir el enojo que sabía que probablemente Mariana iba a traer, así como también de establecer contacto con ella.

Recortes de las sesiones posteriores

Le pregunto si sabe o tiene alguna idea de porqué viene a atenderse.

-M: *Ni idea, pero yo acá no voy a contar nada.*

En las entrevistas siguientes, Mariana suele burlarse. En una oportunidad, revisa mis papeles y mi cuaderno, agarra mi lapicera, mis hojas, y va tomando más cosas en un intento provocador.

Agarra las Damas, y pide comenzar el juego. En un momento cuando le voy llevando ventaja, ella empieza a “hacer trampa”.

-T: *Ah, querés que haga movimientos con mis fichas que yo no quiero hacer, le digo.*

Se ríe y las sigue moviendo. Le digo que me quedé pensando en lo que pasó hace un rato con Sabrina, una de las compañeras del hogar, a quien despidió con una patada y una palmada muy fuerte en su espalda, y que parece que a veces ella hace cosas que los demás no quieren.

Sigue el juego, continúa haciendo trampa y esta vez le hago un señalamiento. Vuelve a hacer como si no escuchara.

T: *Me parece que a veces te hacés la que no escuchás, ¿puede ser?*

Se ríe y cambia de juego. Toma el Scrabel. Y mientras va disponiendo el tablero, pregunta cómo se juega. Le respondo que es un juego de formar palabras y le explico cómo hacerlo...Vuelve a hacer trampa.

-T: *¿Sabés de qué me acordé?*

-M: *No me importa.*

-T: *¿Me tengo que quedar callada entonces?*

-M: *Sí.*

-T: *Te lo quiero decir igual...*

Le digo que hoy cuando le pegó a Sabrina, delante de mí, me pareció que ella no estaba enojada, y que entonces quizás no solo pega cuando hay algo que la enoja. Mirando sus letras, dice:

-M: *Pu-ta.*

Inmediatamente agrega: *Vos no sos puta, es que acá puedo formar esa palabra. Sos travesti.*

-T: *¿Travesti? ¿Y qué significa travesti?*

-M: *No, no sé, ni idea. G-a-t-a; P-e-rr... ¡Nada, nada!*

A medida que pasan las sesiones, comienzo a observar, que Mariana hace cosas para que yo la rechace. Y a la vez, hace cosas para llamar mi atención, para tener un lugar en mí.

En una de las sesiones, Mariana saca las cartas.

-M: *Repertí vos, me dice. ¿A qué querés jugar?*

-T: *Al ching chong, contesto (que es el juego al que ella suele jugar). Y continúo: o a lo que vos quieras.*

En una de las jugadas Mariana se demora en elegir una carta.

-M: *Ahora me vas a tener que esperar vos, menciona.*

-T: *Sí, es cierto. Otras veces me esperarás vos. Venís acá en colectivo, viajás, y después llegás y esperarás mientras atiendo a Sabrina.*

Mariana se muestra sorprendida y su expresión deja de estar rígida como cuando está enojada. Luego de esto, gano dos partidos seguidos.

-M: *Vieja de mierda, menciona.*

-T: *Uy, ya te empezás a enojar...*

Continuamos el juego. Vuelvo a ganar el partido.

-M: *Andate bien, bien a la mierda.*

Comenzamos una nueva jugada. Y comienzo a verbalizar en voz alta el miedo que me da ganar de nuevo por temor a que ella se vuelva a enojar conmigo, a que me insulte. *"Y si gano, la que se me viene"*. Ella sonrío levemente. En el juego comienzo a hablarle a las cartas, a decirles que Mariana me odia, pero que no se asusten si volvemos a ganar, que es posible que ella se enoje y las insulte.

Sigo ganando. Ella ya no se enoja. Mientras, continúo relatando el partido.

A la siguiente semana Mariana falta a sesión. Habíamos quedado en que la iba a visitar al *hogar*. Cuando llego permanece sorprendida con la situación y luego se abraza a mí y le va diciendo a sus compañeras que soy su psicóloga. Durante la visita me va presentado el lugar, y recorreremos los distintos espacios.

Considero que fue interesante en más de un sentido poder conocer el *hogar* donde vivía Mariana, dado que me hizo entender algunos de sus estados de molestia, de encierro, y de furia que mostraba en lo cotidiano y que podían ser provocados por *fallas ambientales*.

A medida que fuimos trabajando, fui observando que Mariana fue avanzando en la posibilidad de organizar sus ideas, en su capacidad de expresarlas con mayor claridad, y también a controlar sus impulsos dentro del espacio de la sesión.

A fin de ese año, luego de que se impusieran límites a las visitas que mantenía con su padre, dado que se encontraba acusado de "violación" según la carátula del caso, hubo algunos retrocesos en la joven. Comenzó a expresar tristeza y desesperanza; crisis que estuvieron acompañadas de algunos episodios de desborde caracterizados por la violencia hacia pares y miembros de la institución; así como también de autoagresión.

El trabajo en equipo

La sensación, de no saber qué más intentar se generaliza en el equipo de trabajo. "*Somos veinte, y nadie sabe qué hacer con ella*", menciona uno de los profesionales.

Luego de varias reuniones, donde se piden cosas tales como: "*que simbolice la relación con el padre*", comienzo a ver que el acceso a través de la palabra, por el momento, es una vía que encuentra dificultado su acceso. Voy pensando en que quizás, lo que más necesita Mariana es estar con alguien. Con alguien estable y confiable, que esté allí y que pueda hacer algo con ella. A esa idea empiezo a darle forma. Tomo de Mariana su interés por la cocina, que es la experiencia más viva que ella mantiene en su cotidianidad. Sugiero, en una de las reuniones con la defensoría que tiene a cargo el caso, que se repare especialmente en esto y en aquellas otras cosas (mínimas) por lo que ella muestra interés.

Mariana y su interés por la cocina...

En este período del tratamiento en el que Mariana peor se encuentra, y donde en una oportunidad quema a su acompañante y a su hermana con un

cuchillo que calienta en el fuego, voy tomando y siguiendo su interés por cocinar. Con esto veo la posibilidad de transformar actividades tales como: cortar, picar y poner en el fuego, en acciones que conduzcan a una creación propia. Voy trabajando con Tati, una de las operadoras del hogar, sobre todo en aquellas semanas en las que Mariana falta a sesión o no se encuentra bien, para que el *hogar* le posibilite los medios con qué hacerlo.

Luego, empiezo a incorporar la posibilidad de cocinar juntas dentro del espacio de la sesión.

También sugiero en otra de las reuniones, que se traten de mantener los espacios donde Mariana se muestra en estado de tranquilidad, que coinciden con los momentos en los que realiza alguna actividad en la que hace algo sola o en compañía de alguien de su confianza.

Algunas intervenciones

Luego de un casi año de tratamiento, en una de las reuniones con la defensoría y el *hogar*, me entero del vínculo personal que Mariana mantiene con Tati.

De a poco, comienzo a establecer contacto con ella, dado que es el referente más cercano de la joven en el *hogar*, y quien más sabe acerca de cómo está.

Con Tati trabajo haciendo algunas intervenciones. Por ejemplo, en una oportunidad, en la que Mariana no quería levantarse de la cama, se acerca para decirle que cocine para las chicas.

Así es como Mariana empieza a hacer compras para el almuerzo y a cocinar para todas sus compañeras. En esos momentos, según lo que observa Tati, consigue estar tranquila. Voy tratando de incluir estos momentos para los espacios que comparte con su acompañante terapéutica.

En cuanto a lo contratransferencial

Al principio, voy observando que la joven va manifestando enojo muchas veces sin que podamos determinar qué situaciones le despertaban dicho afecto. Más bien, pareciera que los mismos responden a la forma (violenta) en la que se manifiesta la *deprivación*. Esta situación que se mantiene y resulta difícil de conmovir, va produciendo en mí una sensación de agotamiento, y de que no hay nada *suficientemente bueno* que pueda ofrecerle para que ella esté mejor...

Luego observo que los cambios en Mariana, la forma en la que confía y no confía (a veces dentro de una misma sesión), en la que pasa del *"Te odio mucho"* al *"Te re quiero"*, etc., implican que muchas veces me tenga que rearmar, mostrándome lo más entera posible, para poder seguirla atendiendo. Soportar su odio, la sensación de fastidio, las ganas de que no venga más, así como también de *"curarla"*, de ayudarla, y de que a veces se vaya...

En este punto, recuerdo a Winnicott (1970 [1984]) cuando habla de no tomar actitudes vengativas. Dice: "[...] *'sobrevivir' significa no sólo salir del trance vivos e indemnes, sino también no verse provocados a adoptar una actitud vengativa*". Y continúa diciendo: "[...] *la palabra clave no es 'tratamiento' o 'cura', sino más bien 'supervivencia'*. Si ustedes [los terapeutas] sobreviven, el niño tiene una probabilidad de crecer y transformarse en algo parecido a la persona que habría sido, si el derrumbe de su ambiente no hubiese acarreado el desastre".³

Recortes de otras sesiones

De la desconfianza a la confianza... (y otra vez a la desconfianza)

Considero que la restitución de la capacidad de confianza, como una de las capacidades (psíquicas) que en Winnicott hacen a la salud, fue uno de los trabajos en los que me centré en el tratamiento de la joven.

-T: *¿Te das cuenta que de las cosas que te pasan no querés hablar?, menciono.*

-M: *Nunca voy a hablar.*

-T: *Pero alguna vez sí hablaste.*

-M: *Sí, pero ahora no.*

-T: *¿Y en qué cambió?*

-M: *Yo pensé que venir era divertido.*

En la misma sesión, más adelante menciono:

³ Winnicott, D. (1970): La asistencia en internados como terapia; págs. 263 y 263. En: (1984) *Deprivación y delincuencia*. Buenos Aires: Paidós.

-T: *Cuánta desconfianza debés sentir para decir que acá no vas a hablar. Te cuesta creer que yo estoy acá para ayudarte. Mariana me mira y asiente.*

En otra oportunidad, mientras jugamos a las cartas llamo la atención sobre su expresión y le digo:

-T: *Tenés hace rato el ceño fruncido. Como si estuvieras molesta por algo...*

-M: *De chiquita que estoy molesta.*

-T: *¿Y te acordás por qué era que te sentías así?*

Dice que no sabe. Continúo diciéndole:

-T: *Se ve que de chiquita te pasaron cosas que te molestaron, y algunas te deben seguir molestando.*

-M: *De chiquita que tengo esta cara.*

Tiempo después, en el que Mariana manifestaba reticencia al tratamiento, se fuga repetidas veces del *hogar*. Una de las veces fue luego de ir a una reunión con sus abogadas defensoras quienes le dicen que el *hogar* no la iba a poder cuidar más. *“Si no me van a poder cuidar más, entonces me voy”*, le comenta a una de sus acompañantes, y se escapa estando frente a la puerta del *hogar* ese mismo día.

Ese fin de semana, luego de estar desaparecida durante dos días, la encuentra la policía en una estación de tren, bajo sospecha de haber sido violada. Luego, los exámenes médicos realizados confirman esta situación.

Durante esos días, me mantengo en contacto con el *hogar*, y les digo que le transmitan a Mariana que estoy al tanto de lo sucedido, y que si ella quiere, la espero para atenderla en el Centro.

A la semana siguiente, Mariana viene, pero se niega a entrar al consultorio. Le digo que estoy al tanto de lo que pasó y que quería saber cómo estaba. Ella dice que no va a venir más. Le digo, luego de varios intentos y de haberlo supervisado previamente en equipo, que es cierto, que no la puedo forzar a que venga al tratamiento; pero que sepa que si necesita, la voy a estar esperando.

Tiempo después, en el que no viene por varias semanas, recibo un mensaje de texto que dice: *"Agus, te quiero mucho. Yo Mari. Agendame"*.

A partir de allí, y durante un tiempo, en el que Mariana inaugura este espacio de comunicación, nos intercambiamos mensajes. Luego, decide que quiere venir. Mantengo entonces el mismo horario, a la misma hora como un espacio al que ella puede concurrir si tiene ganas, y sugiero en el *hogar* que no la obliguen a venir. Con esto, consigo que muchas veces venga, y otras me quedo simplemente allí esperándola.

Otros de sus mensajes fueron: *"Te odio mucho"*; *"Te re extraño"*; *"Sí, te odio"*; *"Te re quiero"* y *"Gracias"*.

Internación de Mariana en el hospital

Durante los meses siguientes, las crisis se incrementan. Razón por la cual el *hogar* recurre en varias oportunidades a la guardia psiquiátrica de un hospital público cercano. Con este hospital, se había estado armando un trabajo previo con dos psiquiatras que eran parte del equipo, que visitaban a Mariana en el *hogar*, y que, a su vez, eran médicas pasantes. La finalidad era que en caso de que la joven fuera ingresada al hospital hubiera alguien del equipo profesional que supiera de su historia...

Finalmente, luego de reiterarse los episodios en los que Mariana "por sentirse encerrada", según refieren, lastima al personal del *hogar* y practica pequeños cortes sobre su propio cuerpo, es internada. Ante la crisis que la joven presentaba, y dado el sostén insuficiente con el que contaba, los profesionales del hospital deciden su internación en guardia, y luego de dos semanas, pasa a la sala de adolescentes.

A partir de allí, como parte del equipo del programa donde la paciente era atendida, comienzo a realizar un seguimiento articulando con el equipo del hospital, el *hogar*, la Dirección General de Niñez y la defensoría. El objetivo (institucional) era: "Diseñar estrategias tendientes a preparar los recursos necesarios para la externación de la joven una vez que sea dada de alta".

Durante la internación, realizo visitas durante varias semanas a fin de acompañar a Mariana y de evitar repetir un abandono más...

En primer lugar, pido a las psiquiatras que estaban en contacto con ella (dado que trabajan en el hospital) que le avisen que iba ir a visitarla para que no

sea intrusiva mi llegada, y para que sepa que iba a ir... pudiéndose adelantar a dicha situación. Lamentablemente esto no pudo armarse de esta manera, y cuando llego por primera vez, Mariana me ve y se queda impactada.

En cada encuentro, acuerdo con ella que voy a volver a la semana siguiente. Con la intención de mantener un ritmo, y para que sepa cuando voy a estar ahí, mantengo siempre los mismos días en el horario de la mañana.

A medida que suceden los encuentros con la joven, considero que fue de mucha utilidad poder trabajar en conjunto con la acompañante que estaba esos días.

Recortes de estos encuentros

En la primera visita, Mariana me recibe con un abrazo. Luego comenta que está molesta porque sus compañeras del *hogar* la iban a ir a visitar y no fueron; y también por estar encerrada. Le explico que todavía no tiene equipo tratante y que cuando se sepa esto, ella va a poder salir. La noto tranquila, mientras me quedo con ella.

Recuerdo que antes de ir al encuentro, tenía miedo a que Mariana no quisiera verme, dado que hacía días que no la veía y no sabía cómo estaba. Para mi sorpresa, cuando la visito esta primera vez, pienso en que hay algo del vínculo que permaneció más allá del tiempo...

En las siguientes visitas, voy hablando con el equipo del hospital que la atiende. Ellos sugieren que es importante trabajar con ella que está allí para ser cuidada. Voy aprovechando esas conversaciones para que traten de entender la desesperación de Mariana por salir aunque sea caminar por el predio del hospital y agrego que cualquiera de nosotros se sentiría desesperado si estuviera encerrado, sin poder salir... La semana siguiente, la encuentro a Mariana, paseando por los jardines del hospital en compañía de su acompañante.

Durante las visitas, voy hablando con el *hogar* para que le provean de elementos que ella estaba pidiendo (como la cartuchera y la carpeta de su colegio "*para no retrasarse con las tareas*", según ella misma refiere) a fin de que se siga sintiendo acompañada mientras estaba internada. También, en estas charlas pregunto acerca de qué estaba pasando con las visitas de gente de la institución y también las de su hermana Lucía⁴.

⁴ El hogar solía decirle/prometerle que la iban a ir a visitar, y luego durante varios días no aparecían.

En otra de las visitas, luego de estar con ella casi una hora y media, al despedirme, me dice:

-M: *Siempre hacés lo mismo, te vas.*

-T: *Pero vuelvo, sostengo.*

Ella se enoja, y mira hacia abajo, esquivando la mirada. Y continúa:

-M: *Por mí no vengas. No te voy a hablar.*

-T: *Bueno, yo vuelvo. Y cuando esté acá vos ves qué querés hacer. Yo no necesito que vos hables.*

El “*Sí, pero te vas*”, considero que está en el núcleo del análisis. Es como si con esto dijera, que no estoy siempre, y que no voy a estar para siempre con ella. Siempre hay alguien que se va. Por eso, ella entabla relaciones estando enojada. Como si, por así decirlo, estuviera enojada con el futuro de cada relación... que va a terminar por abandonarla.

En mi última visita, Mariana me ve detrás de las rejas del patio del pabellón de adolescencia donde se encontraba tomando mate con Jorgelina, su acompañante, y algunas de las compañeras del lugar, y me dice:

-M: *¿Y vos, qué mierda querés?*

Ese día hago varios intentos por ingresar (dado que, por el horario, no estaban presentes los profesionales del equipo tratante) y ella desde el otro lado me pregunta si voy a entrar o no, en un tono menos expulsivo que el que expresó con anterioridad.

Una vez dentro, ella relata con mucha bronca y tristeza episodios con Bárbara, una compañera del hogar que también estuvo internada con ella en el hospital. “*Yo hice todo por ayudarla, estuve ahí cuando ella estaba mal. Hice que me internaran para poder estar con ella*”.

Por primera vez, observo en Mariana cierta *capacidad para preocuparse por otro*.

Luego comenta con furia que a Bárbara la dejaron salir de la internación y que ella todavía sigue allí.

Mariana llora. Le digo que ella también va a poder salir... recuperar espacios (como la escuela) y hacer otras cosas nuevas que nunca hizo antes (como por ejemplo, un programa del zoológico en el que ya estaba reservada su vacante).

Mientras conversamos junto a su acompañante, menciono:

-T: *"Preparate, Jorgelina, porque cuando Mariana sea grande, cuando vaya creciendo, ya no nos va a necesitar más. Ahora a veces parece una nena chiquita, un bebé que tiene quince años y pesa noventa kilos, pero un día no nos va a necesitar más"*.

Mariana se empieza a reír y dice:

-M: *¡Basta! ¡Dejá de hablar! ¿Querés?*

Luego, mientras de a poco me voy despidiendo, me dice:

-M: *Siempre hacés lo mismo, venís, me mirás la cara, te reís y te vas.*

-T: *Vengo porque me importa saber cómo estás. Vos quisieras que me quede más tiempo con vos.*

-M: *Sí...*

Le digo entonces, que aunque ella vea que vengo un ratito, que a mí me lleva más tiempo pensar en ella. *"Mirá, cuando yo me voy de acá, me quedo pensando en vos, hablo con tus psiquiatras, les pregunto cómo te vieron..."*. Mariana me contesta que igual, no sabe para qué vengo, si nadie me llama para que vaya.

Le respondo, que es verdad, que quizás en ese tiempo no le pregunté si ella quería que yo siga viniendo a verla. Y que quizás, si le parece, se puede tomar un tiempo para pensar si quiere que vuelva. Y que podemos quedar en que si ella quiere avisarme que vuelva puede hacerlo. Cuando abro la posibilidad de no venir más, se apresura y me dice: *"¿Pero cómo te aviso?"*. Y quedamos en que puede avisarle a las psiquiatras, que yo voy a estar en contacto con ellas.

-M: *Bueno, ¿qué hacés, te quedás o te vas?, refiere.*

-T: *Ahora me voy.*

Cuando me levanto para irme, se empieza a rasgar la piel de su brazo hasta lastimarse. Le digo que cuando algo no funciona como ella quiere afuera se termina atacando a sí misma. Me quedo un rato a su lado. Le recuerdo el trato que teníamos en el consultorio, de que podíamos hacer muchas cosas, menos lastimarnos. “*Callate. Basta. Dejé de hablar*”, refiere. Hasta que finalmente me voy, dejándola en compañía de Jorgelina. Y aviso a las enfermeras que estén atentas de sus lastimaduras antes de irme.

Esa semana, me comunico con las psiquiatras que refieren que Mariana no mencionó nada respecto del episodio de la visita de esa semana ni de que tuviéramos posteriores encuentros.

Luego de ese encuentro sigo manteniendo contacto con profesionales del equipo que me comentan que la joven sigue estando internada y que el *hogar* pidió “su baja”, dado que allí no están dispuestos a recibirla una vez que saliera de la internación.

Un tiempo después me entero que Mariana tenía el alta hacía más de dos meses, pero que no encontraban un *hogar* que la “pudiera” recibir.

Este momento coincide con la desarticulación del Programa donde era atendida como política de salud del Gobierno de la Ciudad de Buenos Aires de ese entonces.

Siendo así, lo expulsivo del sistema termina repitiendo el estado de abandono y *desamparo* en que la joven se encontraba.

Primera versión: 15/08/2013

Aprobado: 05/04/2014

Bibliografía

Khan, M. (1991): Nadie puede hablar de su locura. En *Locura y soledad. Entre la teoría y la práctica psicoanalítica*. Buenos Aires. Lugar Editorial.

Rodríguez, J. (2011): Del objeto al experimentar. *Actualidad Psicológica*. Año XXXVI, N° 402.

(2012): Permanecer su obra. Desamparo y dependencia. *Actualidad Psicológica*. Buenos Aires: Año XXXVII, N° 410.

Winnicott, D. (1965): *Los procesos de maduración y el ambiente facilitador*. Buenos Aires. Paidós, 2011.

(1984): *Deprivación y delincuencia*. Buenos Aires: Paidós, 2005.

Resumen

El presente caso clínico relata la historia de una adolescente institucionalizada en la infancia con alto sufrimiento psíquico a causa de la *deprivación*.

Se muestran las intervenciones terapéuticas tendientes al restablecimiento de su *capacidad de confianza*, como una de las capacidades psíquicas que en Winnicott hacen a la salud, a través de la construcción de la *confiabilidad* del ambiente y la posibilidad de *confiar en*.

Asimismo, se intenta trabajar el estado de *desamparo* en que la joven se encuentra, que se relaciona con su profunda necesidad de que haya otro que: cuide, proteja y provea.

Palabras clave: deprivación; adolescencia; institucionalización; sufrimiento psíquico; lo ambiental; desamparo.

Summary

This clinical case, tells the story of an adolescent who was institutionalized in her childhood, having gone through deep psychic suffering caused by deprivation.

Therapeutical interventions aiming to restore the ability of confidence as one of psychic abilities that contribute to achieve mental health (Winnicott) and through the building of confidence in the environment and the possibility of self-confidence, are hereby described.

The young girl's state of abandonment is observed. It is related to her deep need for someone to look after her, to protect her and to provide her.

Key words: deprivation; adolescent; institutionalization; psychic suffering; environmental; abandonment.

Résumé

Le cas présent clinique raconte l'histoire d'une adolescente instituonnalisée dans l'enfance avec une haute (grande) souffrance psychique à cause du *privation*.

Se montrent les interventions thérapeutiques tendantes au rétablissement de sa *capacité de confiance*, comme l'une des capacités psychiques que dans Winnicott elles font à la santé, à travers de la construction, de la *fiabilité* de l'environnement et la possibilité d'en avoir confiance. On essaye de travailler dans l'abandon.

Mots clés: privation; adolescente; institutionnalisation; la souffrance psychique; l'environnement; l'abandon.

Agustina Germade

agustinagermade@yahoo.com.ar